

JESÚS CAÑADAS

# ATHENEA

★ y los elementos ★

**La Hermandad del Ataúd**

edebé

# ATHENEA

★ y los elementos ★

**La Hermandad del Ataúd**



JESÚS CAÑADAS

**edebé**

© Jesús Cañadas, 2020  
Published by arrangement with UnderCover Literary Agents

© Ilustración: Marina Vidal

© Edición: Edebé, 2020  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte  
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia  
Diseño: Book & Look

1.ª edición, abril 2020

ISBN: 978-84-683-4706-6  
Depósito legal: B. 603-2020  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



# **ATHENEA**

★ y los elementos ★

**4**

**La Hermandad del Ataúd**



# PRÓLOGO



## 1

El Alquimista soñaba.

Por supuesto que soñaba. Claro que tenía que echarse a dormir de vez en cuando. Y comer, y leer el periódico; incluso tenía que ir al baño, lo cual hacía con regularidad, gracias por preguntar. El Alquimista no era un malo de opereta, escondido en un armario hasta que hiciera falta que saliera para soltar una carcajada malévola. No, aparte de preparar sus malvados planes, había veces en que el Alquimista tendía la colada, o se planchaba los calzoncillos, o le sacaba brillo a su máscara, o hacía la compra y le daba manotazos a un melón para ver si estaba maduro. Y naturalmente, había veces en que se iba a la cama.

Cuando eso pasaba, solía soñar. Y siempre soñaba lo mismo.

## 2

Al principio, oscuridad. Oscuridad y silencio, un matrimonio bien avenido que vivía en todas las ruinas del mundo.



Una pareja inseparable que, sin embargo, se vio separada en el mismo momento en que empezaron los martillazos. El silencio se agrietó en un puñado de golpes que hicieron temblar un trozo sólido de oscuridad. Se abrió un agujero del tamaño de un bloque de piedra. Por él se coló un rayo de luz polvorienta, como un brazo que tantease entre la oscuridad para despojarla de sus secretos. Luego cayó otro bloque, y otro, y la claridad se hizo dueña del interior de la cámara secreta.

Al otro lado de la abertura apareció la silueta de una cabeza. Su dueño soltó un par de toses y se cubrió la boca con un pañuelo de lino.

—Tened mucho cuidado —dijo—. El aire dentro de la cámara secreta podría ser nocivo, después de milenios encerrado.

—Déjame entrar a mí primero —dijo una voz femenina a su espalda.

—No —zanjó él—. Llevo demasiado tiempo buscándola. Si hay algún peligro, seré yo quien se enfrente a él.

El hombre metió medio cuerpo por la abertura. Su figura, desgarrada y torpe como la de todos los sabios, cayó al otro lado de una manera muy poco elegante. Se puso en pie como pudo y se recolocó las gafas. Al trasluz, apenas se apreciaban sus casi cincuenta años, una barba que se había dado demasiada prisa en teñirse de blanco, y unos ojos cuya determinación se convirtió en sorpresa al alumbrar con su linterna el interior de la cámara secreta. Sorpresa y, por qué no admitirlo, felicidad.

—Está aquí —le tembló la voz al ver lo que contenía la cámara—. Está aquí. La hemos encontrado.



Una nueva cabeza se asomó a la abertura en el muro. Y una voz vestida de miedo dijo:

—¿Papá?

### 3

El Alquimista se despertó. Vaya, otra vez aquel sueño. Se restregó las manos contra los ojos, se quitó un par de legañas y se desperezó. Remoloneó un poco en la cama. Al rato, fue a prepararse un tazón de cereales con leche. Se lo comió mientras miraba por la ventana. El cielo estaba encapotado aquel día. Se recordó meter un paraguas en la maleta por si acaso rompía a llover. Lavó el tazón y la cuchara, dejó cargando las pilas de su bastón sable y se dio una ducha mañanera.

Luego se puso a preparar sus malvados planes.









# UNO

## UN BANQUETE ACCIDENTADO



### 1

—Jamás entenderé cómo lo hace.

—¿Qué más da? —replicó Thea, y chasqueó la lengua—.

Esto es una estupidez.

—¿Y qué quieres hacer, no ir? —preguntó Mehdi.

—Eso es exactamente lo que quiero.

—Bueno, pues no puedes.

Ambos caminaban a toda prisa por el pasillo principal del Collegium Friedricianum. Thea, metida a la fuerza y casi se diría que prisionera dentro de un vestido rosa chillón con todo tipo de volantes, lacitos de color pastel y tacones que más bien eran instrumentos de tortura, torcía los labios en su famoso puchero disgustado. Por su parte, el fez de Mehdi estaba tan limpio que no solo se podía comer en él, sino que casi apetecía. Su habitual corbata negra había sido sustituida por una pajarita estampada con pequeños motivos de pajaritas, y sus pies cada vez



más grandes estaban ahora atrapados en dos zapatos de charol que más bien parecían boas constrictor. No había nadie a la vista.

—Llegamos tardísimo —se quejó Mehdi.

—Pues haber terminado tu parte antes —replicó Thea sin dejar de andar, cada vez más deprisa—. ¿Cuánto se tarda en atar un cubo a una polea?

—Más de lo que tú crees —jadeó él—. Sobre todo si debajo de ti hay doscientas personas que podrían descubrirte en cualquier momento.

—Calla y camina, melón.

Al final del pasillo divisaron las dos puertas dobles que daban al claustro del ala masculina del Collegium Friedricianum. Estaban cerradas a cal y canto, pero incluso a aquella distancia se oía el tumulto de voces cada vez más exaltadas.

Thea no estaba preparada para aquello. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, sintió miedo. Plantó los talones en el suelo y se detuvo.

—No puedo hacerlo, Mehdi —le temblaba la voz.

—Sí que puedes —dijo él, aunque estuvo claro que lo que decía en realidad era «llegamos muy muy tarde».

—No, de verdad. No puedo.

Él la agarró de la mano. Entrelazó sus dedos a los de ella.

—Thea —dijo, muy despacio—, estoy aquí, contigo. Podemos con esto. No te voy a dejar.

Ella cerró los ojos e inspiró hondo. Cuando los abrió, le mostró una sonrisita desmayada.

—Vamos.



Llegaron hasta las puertas dobles y se detuvieron frente a ellas. El barullo al otro lado hacía pensar en un ejército acampado que se preparase para la guerra. Thea se alisó el vestido rosa, aunque no estuvo segura de dónde salió el impulso de alisárselo. Miró a Mehdi.

—¿Los tienes?

Él asintió y rebuscó en el bolsillo derecho de su chaqueta. Un horror infinito asomó a su rostro. Thea alzó las cejas. El horror se desvaneció cuando Mehdi hurgó en el bolsillo izquierdo. Sacó una cajita de nácar, del mismo tono que el vestido de Thea.

—De verdad que no entiendo cómo lo hace —repitió el otomano.

—Yo qué sé —contestó ella, aunque apenas se la oía con la escandalera al otro lado—. Vamos.

Se miraron, asintieron, abrieron las puertas.

Todas las voces se callaron. Cada par de ojos al otro lado de las puertas se quedó mirándolos. Tragaron saliva.


En medio del claustro, al final de la alfombra roja que se extendía desde las puertas y partía en dos la multitud que allí se reunía, Cornelia von Hammerstein los atravesaba con la mirada. A su lado estaba el director Glogau.

Y en medio de ellos, un sacerdote.

Empezó a sonar una música de órgano. Mehdi le tendió a Thea la cajita con los anillos. Ella la afianzó entre las manos e intentó espantar la mueca de fastidio que sabía que tenía. Echaron a andar hacia los novios al son de la marcha nupcial.



## 2



Para el banquete de después de la boda se había contratado a una orquesta de músicos *manouche* que al parecer había tocado en el bautizo del hijo de un primo del profesor Muskat. Sin embargo, las melodías sincopadas, las risotadas, la cantidad interminable de botellas de vino que consumían y los punteados de sus estrafalarios instrumentos no parecían ajustarse a la elegancia que esperaba el director Glogau para su boda. El pobre hombre, metido a presión en un traje de chaqué que debía de haberle confeccionado su peor enemigo, no hacía más que lanzar miradas asesinas al desgraciado profesor Muskat, que ya no sabía dónde meterse.

Aun así, el banquete se desarrollaba con la mucha o poca normalidad que tienen todos los banquetes de boda. Y eso que una parte de los invitados eran los ricachones que ya se habían casado con Cornelia en el pasado. Lovrinovic sénior charlaba con *frau Zahn*, el ama de llaves del colegio, mientras que el magnate James Simon jugaba a los dardos con dos de los hermanos Lovrinovic y otro grupo de estudiantes. El príncipe Luis III de Baviera se había arrancado a cantar un aria de ópera, para impresión de la mayoría de las profesoras del colegio. Lo que no quedaba claro era si esa impresión era buena o mala.

En la mesa principal, Cornelia mordisqueaba un trozo de tarta, tan seria y pensativa que cualquiera habría dicho que la acababan de trasplantar allí mediante una grúa desde un funeral.



En medio de la algarabía y la cháchara, Mehmet Mohammed-el-Mehdi Firat se ajustaba los puños de la camisa, se cuadraba la chaqueta y se recolocaba una y otra vez el sombrerito fez. La pajarita le apretaba tanto que apenas podía respirar. Un reguero de sudor le corría por la espalda. El corazón le latía a mil por hora.

—Vamos —se dijo por lo bajo—. Vamos, Mehmet. Puedes hacerlo.

Alguien pasó por su lado y le dio un golpe con el hombro, que lo desestabilizó y casi lo tiró al suelo, porque aún no estaba acostumbrado a su nueva altura desde el último estirón que había dado. Ahora sobrepasaba el metro setenta, lo cual, unido a los pelillos molestos que empezaban a ensombrecerle los bordes del labio superior, lo hacía parecer desgarrado y torpe. Precisamente como se sentía ahora mismo.

—No puedes hacerlo, Carasucia —le susurró el dueño de aquel hombro al pasar, que por supuesto era Norbert Lovrinovic—. Te vas a estrellar.

—Cállate, Norbert —quiso decir Mehdi, pero le salió un gallo tan agudo que hasta un camarero que sujetaba una generosa bandeja se volvió hacia él, quizá convencido de que alguien había llevado un perrito chihuahua a la fiesta.

Norbert Lovrinovic se alejó a lomos de una risotada. Su misión ya estaba cumplida: la poca confianza que le quedaba a Mehdi había quedado hecha pedazos.

—Vamos —se repitió sin la menor convicción—. Vamos, Mehmet. Es el momento.

«No, no lo es», canturreó una vocecita en su cabeza, pero para entonces ya estaba andando. Se aproximó a su objetivo,



se detuvo delante, carraspeó y, en lugar de una de las mil frases que había ensayado para el momento, lo que le salió fue:

—H-ho-hombre, q-qué... qué... qué ha-hay.

*Crash.*

Thea, sentada con las piernas cruzadas en la balaustrada de piedra que rodeaba el claustro, alzó la vista.

—¿Qué dices?

*Crash. Crash, crash, crash.* Ni su accidentado aterrizaje en la Luna hacía varios meses había resultado tan desastroso.

—No, yo no, o sea, que sí, que sí digo, que digo que... —Pensó que estaba a punto de darle una embolia, pero no tuvo tanta suerte. Se vio obligado a improvisar—. ¿Cómo..., cómo..., cómo estás?

Thea torció el gesto. Mehdi suplicó a todos los poderes del mundo conocido y por conocer que esa embolia no se demorase mucho más.

—No muy bien, Mehdi. Me cuesta mucho pensar que mis padres ya no están.

—Están, pero no como antes —replicó él, y descubrió que las palabras le salían de dentro—. Están todo el tiempo contigo.

—¿Tú crees?

—A mí me pasa.

—¿Tus padres están todo el tiempo contigo? —Mehdi asintió—. ¿Cómo lo sabes?

El otomano apoyó los codos en la balaustrada a su lado.

—Pienso en ellos, me acuerdo de cosas que me dijeron, y me doy cuenta de que digo y hago cosas que aprendí de ellos. O que no aprendí en su momento, pero que recuerdo



que ellos hacían. Supongo que eso también es aprender. Y supongo que eso significa que siguen estando aquí, de alguna manera.

Había hablado despacio, sopesando cada una de las frases. Ni siquiera había llegado a poner eso que sentía en palabras hasta aquel momento. Ese era el efecto que Thea tenía en él. Esa debía de ser la razón de que...

—Yo no siento lo mismo que tú —dijo ella.

—¿Qué? —Un punzón candente se le clavó en el pecho—. Ah, lo de tus padres. De tus padres. Claro. Que no sientes eso. Eso de recordar. Eso. Ya.

La sangre que se le agolpaba en las mejillas debía de provenir de sus piernas, porque de pronto había dejado de sentir las. Se agarró a la balaustrada para no caerse redondo. Lo consiguió a duras penas.

—Supongo que es pronto —improvisó—. No ha pasado ni un año. Al principio yo tampoco lo sentía. Lo fui notando poco a poco.

—Quizá tengas razón. —Thea echó un vistazo alrededor—. No me parece bien estar aquí de fiesta ahora que ellos se han ido.

—Bueno, piensa que esta fiesta es solo para que nos acepten de nuevo en el colegio.

—Ya. No sé cómo habrá convencido mi abuela al director Glogau para que se case con ella.

—Ni yo. De verdad que no entiendo cómo lo hace. Míralos. Medio banquete está casado con tu abuela.

—Una frase así no se dice todos los días —dijo Thea, y ambos compartieron una risita.





De algún modo, la rigidez que había paralizado a Mehdi se disolvió. Volvía a estar al lado de Thea, su amiga, su compañera desde hacía tanto tiempo. Compañera de aventuras, de risas, de penurias, de emociones.

—¿Y qué me dices de la ceremonia? —le susurró—. Hasta el sacerdote parecía enamorado de tu abuela.

—¿Y cuando se dieron un beso al final? ¡Puaj! —Ambos se echaron a reír—. ¿Cómo puede nadie darle un beso a mi abuela?

—¿Cómo puede nadie darse besos? —se carcajeó Mehdi—. Puaj.

—Anda, ¿no te gusta darte besos?

Silencio. De un plumazo, la fiesta, los dardos, las conversaciones, la música, todo desapareció. Thea miraba a Mehdi. Y Mehdi, a Thea.

—No estoy seguro —confesó él. Quiso tragar saliva, pero al parecer le había crecido una trampa para osos en la garganta—. A veces no se tiene el aliento fresco, o se pasan gérmenes..., no sé. Además, no lo he hecho nunca.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Un temblor distinto, nuevo, movía y removía y requetemovía su estómago. Ni siquiera al volar había experimentado algo igual. Del mismo modo, tampoco supo de dónde salieron las siguientes palabras que pronunció:

—¿Tú sí lo has hecho?

Allí debía de hacer calor, porque las pecas de Thea se habían vuelto del color de brasas de chimenea. Mejillas rojas como pimientos morrones.



—No —dijo—. Nunca.

Los dos permanecían inmóviles, como si posaran para el cuadro más desastroso de la historia. Thea aún sentada en la balaustrada, Mehdi de pie junto a ella, casi a su altura. La cabeza del otomano se desplazó hacia delante, un movimiento ridículo, infinitesimal, y sin embargo nacido de un esfuerzo de titán. La cabeza de Thea avanzó en un movimiento gemelo, a paso de oruga, arrastrándose por el aire en su dirección como quien atraviesa arenas movedizas. Se acercaron con la lentitud de dos imanes separados por veinte hojas de papel.

Y una voz dijo:

—¡Queridos amigos! ¡Un momento de atención, por favor!

—*Allah aşkına!* —gritó Mehdi.

Un par de cabezas se volvieron hacia él. El otomano hizo un ademán de disculpa y bajó la vista. Para cuando la volvió a levantar, Thea lo miraba, divertida. Mehdi no tuvo más remedio que echarse a reír, una risa que compartieron los dos al instante.

—Mira que eres tonto, Mehmet.

—No me llames Mehmet, Athenea.

—¡Queridos amigos! —repitió la voz en el centro del claustro. Era el director Glogau—. Cornelia y yo queremos daros las gracias a todos los que os habéis reunido aquí hoy. Aún nos queda mucha velada por delante, pero nos gustaría aprovechar este momento para bailar nuestro primer vals juntos como marido y mujer, e invitaros a quienes queráis a uniros a bailar con nosotros. ¡Maestro!

—¿Tú estás tonto? —Cornelia se acercó a él con un golpe de rueda de su silla—. ¿Acaso no ves que yo no puedo bailar?



—Mientras yo mande aquí, tú bailarás cada vez que a ti te dé la gana.

Entonces, el orondo director agarró a Cornelia de la cintura y la levantó en el aire como si no pesase más que una bolsa llena de lechugas. La abuela de Thea soltó un gritito. Glogau la afianzó en su agarre. Cornelia hacía aspavientos como si un simio gigante la hubiese atrapado en su mano de simio gigante. No estuvo claro si en su rostro había alarma, enfado, o bien un regocijo secreto.

—¡Maestro! —repitió Glogau.

Aquellos músicos podían ser un puñado de sinvergüenzas borrachos, pero eso no significaba que no fueran, sobre todas las cosas, músicos. Y un músico sabe paladear la magia en el aire, y también sabe cómo hacer que los demás la paladeen. Empezaron a sonar las notas de un vals. Glogau y Cornelia arrancaron a bailar, al igual que varios de los invitados.

Thea y Mehdi contemplaron la escena como una representación, un espejismo surgido del país de las hadas. Estudiantes, profesores e invitados se desplazaban al son de la música. El profesor Muskat intentó armarse de valor y echó a andar hacia *frau Zahn*, parapetado detrás del cuadernito de tapas rojas que solía llevar a todas partes. Ella lo vio venir y desencajó los ojos como si un rinoceronte corriese hacia ella, pero en el último momento Muskat se acobardó y acabó desviándose hacia la mesita de canapés. Se arrepentiría toda la noche.

Poco a poco, todos los presentes se unieron al vals. Dieciséis de los diecisiete hijos del guardés Knopf sacaron a bailar a otras tantas alumnas. Solo su hijo menor se quedó



sentado, hasta que Knopf le dio un capón y lo obligó a bailar el vals con la primera que encontrase. Incluso dos profesoras se olvidaron de dónde estaban y de las convenciones de la época y bailaron juntas, cercanas por fin, delante de todos. A nadie pareció importarle.

—No me lo puedo creer —dijo Mehdi.

—Mira que eres tonto —repitió Thea, y bajó de un salto de la balaustrada—. ¿Qué, bailamos o qué, melón?

—¿No debería ser yo quien te lo pidiera?

—Que te crees tú eso.

Thea tiró de él, pero no de la corbata. Esta vez lo agarró de la mano y lo llevó al centro del claustro. Él le colocó las manos en la cintura, y ella lo sujetó de los hombros, como habían visto hacer al resto.

—Intentaré no caerme —le susurró.

—Bueno. —Mehdi se encogió de hombros—. A veces la gente se cae. Estaré aquí para agarrarte.

Y bailaron. Vaya si bailaron. Se dejaron llevar por aquel vals entonado por un grupo de músicos borrachos, sin saber que aquel baile era uno de esos escasos momentos aislados de felicidad genuina que a veces se viven y se recuerdan siempre. Y sin saber que, con toda probabilidad, era el último.

### 3

El vals duró lo que duran todos los vals, muchísimo tiempo y a la vez demasiado poco. Thea y Mehdi disfrutaron de cada paso.



—Qué asco das, Carasucia —les susurró Norbert Lovri-  
novic al pasar.

Se había visto obligado a bailar con su hermano Robert. No dejaban de pisarse el uno al otro, hasta el punto de que ya no se sabía si lo hacían aposta o por pura torpeza.

—Cállate, Norbert —dijeron Thea y Mehdi a la vez, y se alejaron.

Cuando los músicos dieron el último compás, el claustro entero estalló en aplausos. Glogau depositó a Cornelia de nuevo en la silla y saludó a todos. Thea y Mehdi se separaron. Esta vez no hubo incomodidad entre ellos.

—No veo a la profesora Bockhardt —comentó Mehdi—. ¿No la habrán invitado?

—¿Cómo no la van a invitar, melón? Se habrá ido ya a dormir. —Thea se inclinó hacia él para susurrar—: Este sería un buen momento para ejecutar nuestro plan.

Mehdi entendió lo que quería decir.

—Sí, pero tampoco hace falta, ¿no? Por un día podemos olvidarnos.

—La verdad es que sí —dijo ella—. Podemos olvidarnos.

La pelirroja alzó la vista. En el primer piso del ala masculina, justo sobre la cabeza de una gárgola, Mehdi había colocado un cubo lleno de mermelada y plumas de ganso escamoteadas de la cocina aquella misma tarde. El cubo estaba atado a una cuerda untada con cenizas de chimenea, atada al otro extremo del tejado un piso más arriba. El plan era sencillo: Thea emplearía el *tacto* para enviar una pequeña sacudida a la gárgola de piedra; sacudida que volcaría el cubo directamente sobre Cornelia y el director Glogau.



Quizá a la tierra no le hiciera mucha gracia, pero Thea estaba segura de que, al tratarse de su pérfida abuela Cornelia, que tantas malas pasadas les había jugado en el pasado, se lo permitiría.

En cualquier caso, prefirió no hacerlo. Fue una buena decisión, pero en el mismo instante en que la tomaba, vio cómo las sombras alrededor de la gárgola se movían como si tuvieran vida propia. Sus cejas se alzaron. Las sombras se desprendieron de sus poyetes y corrieron como pirañas hacia el cubo. Ahí fue donde la velada se fue al garete y se acabó su último momento de felicidad.

—¡Rayos!

Las sombras se separaron del edificio y golpearon el cubo. Mehdi hizo ademán de salir volando para atraparlo, pero todo sucedió demasiado rápido. El cubo trazó una perfecta parábola inversa en el aire y llegó justo hasta el lugar que habían planeado, el lugar donde se encontraban la abuela Cornelia y el director Glogau.

Thea cerró los ojos ante el golpe. Cuando volvió a abrirlos, tanto la abuela como el director estaban cubiertos de mermelada y plumas de ganso de la cabeza a los pies.

Todo había quedado en silencio. El director Glogau miró alrededor, con medio ojo cerrado por la mermelada, una pluma pegada a la frente y un temblor incontrolable en el labio inferior.

—¿Quién..., quién..., quién ha sido? —soltó con un hilo de voz que pronto se convertiría en un rugido furioso.

Todas las miradas rebotaron en el claustro. Pasaron los segundos, en los que la vena de la sien de Glogau se hinchó



hasta alcanzar el tamaño de un globo aerostático. Por fin, cuando su boca se abrió para soltar aquel rugido que todos esperaban, una voz se adelantó:

—Han sido ellos.

Cada par de ojos se volvió hacia el lugar de donde había venido la voz, incluidos los de Thea y Mehdi. Quien había hablado era una niña más o menos de su edad. No la habían visto antes en el colegio. Era pálida, delgada, con un cuello estilizado y una melena lisa y negra. Tenía dos paletas grandes y separadas que, de alguna manera, le daban a su rostro una cualidad interesante, casi magnética. En aquel momento señalaba con un dedo de uñas cuidadas a Thea y Mehdi.

—Han sido ellos —repitió.

El peso de las miradas del banquete entero cayó sobre Thea y Mehdi. Por supuesto, la más pesada, la más penetrante de todas, era la del director Glogau. Se volvió hacia Cornelia, luego hacia ellos, luego hacia Cornelia otra vez.

—Tu nieta —dijo.

Cornelia soltó un largo suspiro.

—Por favor, Gregor.

La vena azul en la sien de Glogau había alcanzado ya dimensiones continentales. Hizo un visible esfuerzo por controlar la rabia y consiguió articular:

—Que siga la fiesta, nosotros vamos a asearnos. —Agarró la silla de ruedas de Cornelia y se encaminó hacia el interior del colegio, pero antes añadió—: Para quien aún no la conozca, os presento a nuestra nueva alumna: Rachel.

La niña morena y dentada dominó al claustro entero con una mirada de suficiencia.



—Moriarty —anunció—. Rachel Moriarty. Encantada de estudiar con vosotros.

No hubo par de ojos que no se apartara el cruzarse con los suyos, no hubo cabeza que no se agachase.

Excepto la de Athenea von Hammerstein.





